

MERCEDES: Si de ésta no se enmienda... es hombre al agua. ¡Que es lo que yo querría!

Al público:

Es pa er cuerpo y pa la cara
el agua clara un tesoro,
der que siempre he sío avara...
¡Dios bendiga el agua clara!
¡Vivan los chorros del oro!

Madrid, febrero, 1906.

FIN

JUAN MANUEL: ¿Qué va usté a hasé con eya?

MERCEDES: A ponerla como su madre la parió; a echarle ensima toa el agua que le hase farta ar padre; a fregarla, a dejarle er cuerpesito como una rosa; a vestirla luego con ropita limpia de mi hija; a peinarla, a carsarla, a darle después cuatro besos muy apretaos, y a mandársela a usté pa que se entere de lo que es un carco de mi Carmen; por supuesto, con orden de que no se aserque a usté hasta que no esté limpio. ¡Y ya tiene usté penitencia!

JUAN MANUEL: *Afligido.* Mercedes... yo soy un esclavo de usté. Dios le pague a usté lo que va a hasé con mi niña. Cuando usté quiera, hase lo mimo con er padre.

MERCEDES: Güeno, güeno; a la caye ahora. Ya sabe usté cómo a mí me gusta la gente.

JUAN MANUEL: Ya lo sé; y bien meresio tengo este castigo y este bochorno. Mientras que no me saque briyo, no güervo a vení. Palabra. Cómprese usté unas gafas negras pa que cuando me vea no le lastime er resplandó. Y luego nos casamos, y la luna de mié la vamos a pasá a la oriya der río. Y ayí coge usté una piedra y me la tira al agua, y yo me echo al agua por eya y la saco en la boca. ¡Sí, porque estoy convensio de que como no me güerva perro de agua, usté no me hase caso! Güenas tardes. *Se va.*

MERCEDES: Vaya usté con Dios. *A la niña.* Y tú no te asustes, hija mía. Yo tengo una niña como tú, y quiero que te parezcas a eya, pa darle una lersión a tu padre, que es un embustero. Entra ahí, que pa ayá voy yo.

Vase Juanita por la puerta de la derecha.

JUAN MANUEL: *Asomándose por la ventana.* ¿Sabe usté lo que me ha dicho su mamaíta?

MERCEDES: ¿Qué?

JUAN MANUEL: Que al amanesé pasa er carro e la basura. ¡Por si yevaba poco! ¡Mardita sea!...

Vase.

JUAN MANUEL: *Desconcertado.* ¿Está en casa, eh? ¿No lo ha cogío un tranvía ni na?

Mercedes se va derecha a él, decidida a todo, y él le huye.

MERCEDES: ¡Sinvergüensa! ¡granuja! ¡charrán! ¡embustero! ¡Venga usted, que le saque los ojos!

JUAN MANUEL: Los ojos, no, Mercedes: ¿con qué iba yo a mirarla a usted entonses?

MERCEDES: ¡A mí no me tiene usted que mirá más en su vida, cara de mico! ¿Conque ésta era er carco? ¿Conque ésta era er remeo de mi niña? ¡Vamos, eche usted a corré ya si no quiere morí a mis manos! ¡Trapalón! ¡mal hombre! ¿Y dise usted que me quiere a mí, y tiene de esta manera a su hija? ¡Si estoy por yamá a un munisipá pa que lo yeve a usted a la cárse! ¡No hable usted! ¡No se defienda usted, que es peó! ¡Esto es un crimen! ¡esto es una infamia! ¡No paga usted ni frito! ¡Pobresita! Pero ¿usted no ve que le quita salú, que le quita alegría, que le quita cariño de to er que la mire, porque no tiene un sitio pa darle un beso? Y es bonita la pobre, que da más lástima toavía... ¡Váyase usted, váyase usted de mi casa, ya, que hasta hoy no he visto yo bien claro lo retesusio, retepuerco, lo retemalo, lo retefeo y lo reteanti-pático que es usted!

JUAN MANUEL: Mercedes... que se me van a sartá las lágrimas... y no traigo pañuelo.

MERCEDES: ¡Váyase usted, hombre, váyase usted y no pase por esta caye como no sea en Carnavá, que yo no lo conozca!

JUAN MANUEL: Mercedes...

MERCEDES: ¡Váyase usted, le digo!

JUAN MANUEL: Ya me voy... Niña...

MERCEDES: No; ésta se queda aquí un ratito.

JUAN MANUEL: ¿Que se queda aquí?

MERCEDES: Sí, señó.

lo que a usted se le antoje. Imitaré a mi niña, que me trae loco con la de usted.

MERCEDES: ¿Con la mía?

JUAN MANUEL: Sí, señora; como er domingo pasao no vine, no hemos hablao de esto. Usted sabe que la he puesto en la misma academia.

MERCEDES: Sí.

JUAN MANUEL: Pos güeno: le ha dao a la mía por copió a la de usted: se ha enamorado de eya. Y no yeva su niña de usted unos carsetines, o unas botas, o un vestío, o un laso, o un babero, que no venga mi Juanita a desirme: "Papá, la niña de la trensa rubia —que es como la yama— se ha comprado esto y esto: cómpramelo tú a mí."

MERCEDES: ¡Angelito!

JUAN MANUEL: Y yo, ¡claro! ¿Qué he de hasé más que complaserla? Y está la chiquiya que es un carco e la otra. Le arvierto a usted que ni que fuean gemelas: de formalidá.

MERCEDES: Me la tiene usted que trae un día pa que la conozca.

JUAN MANUEL: ¡Ya lo creo! Usted va a sé su madre... Y lo más gracioso de to esto...

Preséntase de improviso Juanita, por la puerta de la izquierda, llamando a su padre. Viene la infeliz que da pena verla: desgreñada, sucias la cara y las manos, la medias caídas, el vestidillo manchado y roto.

JUANITA: ¡Papá! ¿Está aquí mi papá?

El papá quisiera que la tierra se lo tragase.

MERCEDES: *Levantándose.* ¿Qué dises, niña? ¿Quién es tu papá?

JUANITA: Este.

MERCEDES: *Con asombro e indignación* ¿Este?

JUANITA: Sí, señora. Papá, tu compadre Arturo está en casa esperándote.

JUAN MANUEL: Perdóneme usted, Mercedes; no me he dado cuenta de lo que hacía. *Lo recoge, y no sabiendo dónde echarlo, se lo va a guardar en un bolsillo.*

MERCEDES: Pero ¿va usted a guardárselo, hombre?

JUAN MANUEL: ¿Me lo vi a comer?

MERCEDES: ¡Tírelo usted a la caye, señor! Mañana compro un sesinero.

JUAN MANUEL: *Después de tirar a la calle el cigarro.* ¿Su difunto de usted no fumaba?

MERCEDES: No señor.

JUAN MANUEL: Mi difunta, sí. *Se acerca a ella, y le canta muy mal lo que ella ha cantado muy bien.*

Ni como ni duermo, niña,
desde que te conocí...

MERCEDES: ¡Cáyese usted, por Dios! ¡Jesús, qué oído!

JUAN MANUEL: Sí que es malo. *Vuelve a sentarse.*

MERCEDES: ¿Conque ni come usted ni duerme desde que la conoció?... Y ¿por quién va eso, Juan Manuel?

JUAN MANUEL: ¿Qué por quién va eso?... ¿Quiere usted que le regale el oído?

MERCEDES: ¡No! ¡El oído, no! ¡Ni regalao lo quiero! ¡Quédese usted con él!

JUAN MANUEL: *Cogiéndole una mano entusiasmado.* ¡Bendita sea!... ¡Tiene usted gracia pa poner un puesto!

MERCEDES: ¡Suerte usted, grandísimo adán! ¿Se atreve usted a coger una mano mía con esas manos?

JUAN MANUEL: Las de usted están más limpias, es verdad. Mañana me pongo unos guantes.

MERCEDES: Hombre, no; mañana se las lava usted con jabón, y por argo se empiesa.

JUAN MANUEL: Mañana, y pasao, y toa la vida haré yo

MERCEDES: Argo, sí; pero argodón, no. Siga usted con lo que iba diciendo.

JUAN MANUEL: Si es lo mismo que le he dicho a usted veintisinco veces: que yo no vivo más que pa este ratito que los domingos paso con usted; que me tiene usted que me van a echá de la imprenta, porque desde que la conozco lo pongo to con admiraciones, hasta las preguntas; que ni como, ni bebo, ni duermo, ni... ¿Cómo dise aqueya copliya que usted canta tanto?

MERCEDES: ¿Cuá?

JUAN MANUEL: Aqueya de...

Ni como ni duermo, niña...

MERCEDES: ¡Ah! ya.

Ni como ni duermo, niña,
desde que te conosí...

JUAN MANUEL: No, no; pero cantá, cantá es como yo la quiero.

MERCEDES: ¡Vamos, hombre!

JUAN MANUEL: Ande usted, Mercedes, ya que ha salío la conversación.

MERCEDES: *Cantando.*

Ni como ni duermo, niña,
desde que te conosí,
que no me arcansan las horas
más que pa pensá en ti.

JUAN MANUEL: *Tirando el cigarro contra el suelo, en un arrebatado de admiración.* ¡Ole con ole!

MERCEDES: ¡Coja usted ese cigarro ahora mismo, so puerco!

JUAN MANUEL: No lo tome usted así; er mismo respeto que le guarde usted a su difunto, le guardo yo.

JUAN MANUEL: Pos mucho ojo con lo que se habla.

JUAN MANUEL: Y si se quíe usted desquitá, métase usted con mi difunta, y yo la acompaño.

MERCEDES: Creo que era pa el avío.

JUAN MANUEL: ¡Pa viví con usted!

MERCEDES: Muy mujé de su casa... muy consertaíta...

JUAN MANUEL: ¡Sí!

MERCEDES: A mí me han contaó que argunos días se encontraba usted las botas en el aparadó.

JUAN MANUEL: No tanto, no tanto. No hay que ponderá. La soperá ensima de la cama sí que me la encontré muchas veses.

MERCEDES: ¿Y su cuñá de usted, la hermana de eya, es lo mismo?

JUAN MANUEL: Es peó.

MERCEDES: Disen que le da por la iglesia.

JUAN MANUEL: Demasiaó. Pa mí que parará en un convento.

MERCEDES: ¿Que parará?

JUAN MANUEL: Que parará, sí; que parará. No creo que haya errata.

MERCEDES: ¡Vaya una diversión de familia!

JUAN MANUEL: Por eso busco otra, Mercedes... porque pienso en mi hija, que ca día nesecita más quien la acompañe; porque pienso en mí, que estoy más solo que un sereno. *Viendo que Mercedes se prende una aguja en el pecho.* Cuidao, no se pinche usted con esa aguja.

MERCEDES: Descuide usted, que no me pincho.

JUAN MANUEL: ¿Hay argodón?

MERCEDES: No hay argodón.

JUAN MANUEL: Pos argo hay.

JUAN MANUEL: ¿Conque pa aliñarla? ¿No le gusta a usté la corbatita?

MERCEDES: Como escarola, sí.

JUAN MANUEL: ¡Se acabó!

MERCEDES: ¿Qué va usté a hasé con eya?

JUAN MANUEL: ¡A tirarla a la caye! Yo sé que er que se la ponga se luse; pero a usté no le ha agradao, y eso basta. ¡La tiro! *La tira por la ventana, en efecto.*

MERCEDES: ¿Es que piesa usté tirá to lo que no me agrade a mí?

JUAN MANUEL: ¡Ni más ni menos!

MERCEDES: Pos entonses suba usté arriba y tírese usté por er barchón. *Vuelve a sentarse.*

JUAN MANUEL: Eso no me lo diga usté ni en broma.

MERCEDES: Pero ¿cómo vi yo a haserle cara a un hombre que ca día que pasa está más desastrao y más susio?

JUAN MANUEL: ¡No, que vi a está más limpio ca día! ¡Qué cosas tiene usté! ¡Si uno no vive en un faná, señora! ¡Miste las estatuas: hasta jaramagos les salen!

MERCEDES: ¿Es desí, que usté hasta que no le sargan jaramagos no está contento?

JUAN MANUEL: Yo no estoy contento mientras usté no se desida a quererme. *Se sienta al lado de ella.*

MERCEDES: Pos largo le va. El hombre que a mí me yeve otra vez a la iglesia, ha de hayarse en el agua tan a gusto como a la vera mía.

JUAN MANUEL: ¡Por vía e Dios! ¿Su difunto de usté era un sarmonete?

MERCEDES: Mi difunto era un hombre que daba gloria de mirarlo: limpio, colorao, escamondao...

JUAN MANUEL: Y engüerto en harina, sí señora: lo estoy viendo en una freiduría.

MERCEDES: O se caya usté o tenemos un dijusto serio.

MERCEDES: ¿No?

JUAN MANUEL: No.

MERCEDES: *Señalando.* Una... dos... tres... cuatro... cinco... seis... siete... ocho...

JUAN MANUEL: ¡Caray, no siga usted! ¡Miste que es lo grande! En mi casa no veo ni una sola; sargo ar só y me veo dos o tres, y yego aquí, y na más que piso er cuarto éste, ya estoy plagáito.

MERCEDES: Si ¿eh? Pos las mismas que tiene usted aquí, tenía usted en su casa. ¡Que así andará eya! Y que las hay de tos colores. Dise mi madre que se prensa un traje de usted y sale un tinte.

JUAN MANUEL: ¡No, si ya sabemos que la mamá tiene mucha gracia! Pero comprenda usted, Mercedes, que un pobre cajista de imprenta, que está to er día metío en tinta, como los calamares, y que está cuidao por una cuñá —¡mar tiro le peguen!— y por una niña de este arto, no pué vení aquí como pa ponerlo en un escaparate. Además, usted no se ocupa más que de criticá y de sacarle a uno los colores, y cuando uno hase un esfuerso pa que usted lo estime, usted no lo estima. Toavía no me ha dicho usted na de la corbata.

MERCEDES: *Reparando en que no trae puesta ninguna.* ¿De qué corbata?

JUAN MANUEL: *Llevándose la mano al sitio.* ¡Ay, qué graciosa! ¡De ésta!

MERCEDES: De ésa, ¿eh?

JUAN MANUEL: ¿Le paese a usted si es sino? Hay días en que ar salí de casa debía uno pisá una cáscara de melón y estreyarse contra las piedras. *Saca la corbata del bolsillo.* Miste dónde la traigo.

MERCEDES: ¿Qué más dá?

JUAN MANUEL: Pero, güeno: ¿la corbata es de gusto o no es de gusto, que es aquí lo que se discute?

MERCEDES: Le diré a usted: pa aliñarla no es fea.

JUAN MANUEL: Sí, señora; y la hija también; pero la hija y la madre se conose que me han tomao a mí por aseite, que por no está en el agua se va arriba.

MERCEDES: Y ¿no hay na de eso?

JUAN MANUEL: No hay na de eso. Vamos a vé, con imparcialidá: ¿qué tar vengo hoy?

MERCEDES: Desde aquí, mejó que otros días. Asérquese usté un poco. Pero suerte usté antes er sombrero.

JUAN MANUEL: ¿Ve usté cómo se ersagera un poquiyo? *Deja sobre una silla el sombrero.*

Mercedes, mientras, ve que trae manchada de yeso la espalda.

MERCEDES: *Levantándose.* ¡Virgen de las Angustias!

JUAN MANUEL: ¿Qué ocurre?

MERCEDES: ¿Usté se ha visto por la esparda?

JUAN MANUEL: ¡No pueo! ¿Qué traigo por la esparda?

MERCEDES: ¡To er yeso de un tabique!

JUAN MANUEL: ¡Mardita sea mi suerte! Ahora sí tiene usté rasón: es que hoy están en casa de obra, y antes de salí se me orvidó refregarme contra la cama.

MERCEDES: ¡Ave María! ¿De esa manera se sepiya usté?

JUAN MANUEL: La esparda, sí, señora.

MERCEDES: Venga usté acá, hombre, venga usté acá...

Coge un cepillo y lo cepilla con coraje.

JUAN MANUEL: Cuando digo yo que es usté la muje que yo nesesito...

MERCEDES: ¡Uf! ¡Lo que suerta! Meresía usté que le vareara la americana sin quitársela.

JUAN MANUEL: ¡Ay! que me hase usté cosquiyas, Mercedes.

MERCEDES: Y ¡vaya una manchita que tiene usté aquí en el hombro!

JUAN MANUEL: ¿En el hombro? Del hombro pa atrás no pueo respondé, porque no me fijo; pero por delante, lo que es hoy no me encuentra usté a mí ni una mancha.

JUAN MANUEL: Güeno: ¿me deja usté que entre a acompañarla un ratito, ya que ha salío la niña?

MERCEDES: Entre usté.

JUAN MANUEL: Abra usté la cansela.

MERCEDES: No es presiso: mi madre está a la puerta e la caye.

JUAN MANUEL: ¿Y está suerta?

MERCEDES: ¡Oiga usté!

JUAN MANUEL: Usté perdone: he querío preguntar si no muerde.

MERCEDES: No muerde, no; pero ándese usté con cuidao.

JUAN MANUEL: Con quien tengo yo que andá con más cuidao que un equilibrista, es con la hija. *Vase de la ventana.*

MERCEDES: Na, que me hase gracia este hombre. Señó, no la tendrá pa nadie, pero pa mí la tiene. Y luego, como también es viudo, y con una niña, como yo... lo que piensa una: paese que está escrito. Bien dise la copla, que to cae ensima: tanto criticá yo de la gente desaseá... y miste por dónde viene er diablo y lo enrea.

*Nadie diga en este mundo
de este agua no he de bebé,
porque er caminito es largo
y puede apretá la sé...*

Sale Juan Manuel por la puerta de la izquierda.

JUAN MANUEL: ¿Sabe usté lo que me ha dicho su madre?

MERCEDES: ¿Qué le ha dicho?

JUAN MANUEL: Que si tengo paraguas, que lo tire.

MERCEDES: ¿Por qué?

JUAN MANUEL: Pa que me moje siquiera los días que yueva.

MERCEDES: *Riéndose.* Mi madre tiene güenos gorpes.

tarda Juan Manué... Quisá haya estao esperando a vé salí a mi niña. Como le tengo dicho que cuando eya esté aquí no entre... Sí, porque la niña va a hasé en agosto los siete años, pero paese que yeva un viejo en la barriga, según se fija en to. Y no me agrada que note na de esto, mientras yo no me determine. Juan Manué es un buen hombre... y me quiere... Y me hase grasia, ésta es la verdá. Porque Juan Manué tiene grasia. Pero ¡es tan adán! ¡es tan susio er grandísimo condenao! Mi madre se dispara cuando ve que yo yevo las cosas adelante. “¿En qué estás pensando, hija mía? Acuérdate de tu marío, que era como los chorros del oro er pobresito, y fíjate después en ese tipo que ahora te pretende: que le teme al agua más que un perro rabioso.” Y es la verdá: es muy susio. No, y eso no: como Juan Manué no se corrija... Porque sobre sé muy susio, es muy desastrao. Yo creo que sí, que se corrige... Muestras va dando de eyo... Er rose conmigo argo ha de podé... Lo que me hase más grasia es lo que se esfuerza er pobre en presentáseme arreglaíto.

Juan Manuel se asoma por la ventana.

JUAN MANUEL: ¿Vive aquí la mujé más bonita der barrio?

MERCEDES: ¿Quién pregunta por eya?

JUAN MANUEL: El hombre más feo de Europa.

MERCEDES: ¿De Europa na más?

JUAN MANUEL: Na más: los chinos son más feos que yo.

MERCEDES: Pos esa mujé no vive aquí.

JUAN MANUEL: ¿Que no vive aquí? A mí se me había figurao que estaba yo hablando con eya.

MERCEDES: Viene usté malo de la vista. O no se habrá usté lavao bien los ojos.

JUAN MANUEL: ¿Ya estamos con el agua a pleito? ¡Me los he lavao con aguarrás, pa darle a usté gusto!

MERCEDES: ¡Jesús, con aguarrás! Es preferible el agua clara.

Habitación baja en casa de Mercedes, mujer del pueblo no mal acomodada, en Sevilla. Al foro, una ventana que da a la calle. A la derecha, una puerta, y a la izquierda, otra. Las paredes, blancas y lucientes. El suelo, de lositas de dos colores, aljofifado de tal modo, que se pueden comer migas en él. Muebles modestos, pero bien ordenados y muy limpios. Entre ellos, una cómoda. En el centro de la habitación, una mesita, sobre la que hay un costurero. Es de día.

Mercedes está asomada a la ventana. Es una mujer que marea de guapa y de limpia.

MERCEDES: ¡Adiós! Ayá va como una palomita... Se come la caye, y no levanta der suelo tanto así. ¡Hija mía, qué presiosa es! Si viviera su padre, se le caería la baba mirándola. La puerca e la vesina se ha parao a darle un beso: a vé si le deja la señá... ¿Otro beso? ¡Vamos, güeno está de cariño, señora! Sí, hija mía, sí; hases bien en echá a corré. Y es que no le gusta que la bese nadie. Las tonterías de las mujeres cuando somos niñas. Ya dobló la esquina. *Se retira de la ventana.* Chálá me tiene. Vamos a guardarle er babe-rito. *Recoge uno que hay sobre una silla, y con gran cuidado lo guarda en un cajón de la cómoda.* ¿Esto es una mancha? No. Pensé... Es descolorío de lavarlo. ¡Ajajá! *Poniendo bien una silla que no está en su sitio.* ¡Jesús! Por donde pasa mi madre arma un terremoto. *Fijándose en la silla.* ¿Le paese a usté? Porvo. *Coge un paño y la limpia y la frota.* Así te quiero, prenda. Y ahora, a seguí cosiendo estas naguas blancas. *Siéntase a ello junto a la mesita.* Se



ASOCIACIÓN CULTURAL CTV TEATRO

(Colectivo de Teatro Vistazul)

Severo Ochoa, 46 41702 DOS HERMANAS (Sevilla)

www.ctvteatro.com

ctvteatro@ctvteatro.com

610714112

LOS CHORROS DEL ORO

SAINETE

de los hermanos Álvarez Quintero